

those nations within a plurinational state. In this view, indigeneity was circumscribed by territory and ethnicity (284–85). In Bolivia, with a larger percentage of indigenous people, leaders defined indigeneity in a way that was “broad enough to include indigenous people in the highlands and the lowlands, those living in traditional homogenous *ayllus* in the highlands and those living in diverse immigrant communities in the semitropical and tropical regions, and even those who claim to have no indigenous identity at all” (245). Although there are additional factors in the relative success of the two movements, including a stronger history of left-wing movements in Bolivia as well as the presence of an influential group of indigenous intellectuals and academics, the ability of the Bolivian movement to create a more inclusive vision of contemporary indigeneity stands out as a key difference in success in electoral politics. As a topic that is fraught with issues of authenticity and freighted by the consequences that can accompany indigenous status, the discussion of indigenous identity by the indigenous leaders interviewed by Paige adds considerably to our understanding of how that identity has been constructed, reconstructed, and played out in lived experiences.

Overall, this book makes a tremendous contribution to our understanding of indigenous political movements. Paige offers excellent contextualization for the interviews, deftly guiding the reader through historical circumstances and the intricacies of multiparty relationships. For scholars of the region, it offers tremendous insights into the experiences and viewpoints of the impressive list of interviewees, key figures in the movements. It will be a useful text for oral historians and their students as a model for making ethnographic meaning out of interview narratives. And for those interested in revolutions and social change more broadly, it offers a case study of how these movements can take shape in the twenty-first century, with the hope that mass movements and utopian dreams can transform democratic politics.

Mount Wachusett Community College  
Gardner, Massachusetts  
[locchipinti@mwcc.mass.edu](mailto:locchipinti@mwcc.mass.edu)

LAURIE OCCHIPINTI

## INDIGENOUS COMMUNITY POLICING

*Self-Defense in Mexico: Indigenous Community Policing and the New Dirty Wars.* By Luis Hernández Navarro. Translated by Ramor Ryan. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2020. Pp. x, 263. Bibliography. Index. \$90.00 cloth; \$29.95 paper; \$22.99 e-Book.  
doi:10.1017/tam.2021.27

En el 2014, Hernández publicó *Hermanos en Armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas*, una obra de periodismo de investigación para entender el surgimiento de grupos de autodefensa comunitaria y de civiles armados en una tercera parte del territorio mexicano, uno de los fenómenos más característicos del sexenio de Enrique Peña Nieto

(2012–18). La traducción al inglés se basa íntegramente en el libro original. El tema de la autodefensa armada ha despertado un gran interés periodístico y académico desde hace dos décadas, no obstante, la obra de Hernández es novedosa en tanto ofrece un panorama del fenómeno a nivel nacional, a la par que hace una descripción detallada de casos específicos de los que el autor fue testigo no sólo como periodista sino también como asesor político.

Uno de los argumentos principales de la obra es que el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994 inauguró una nueva era en las luchas de los pueblos indígenas por la reivindicación de su territorio y derechos culturales, la cual inspiró la creación de sistemas de justicia autónomos. Los zapatistas supeditaron las negociaciones con el Estado al reconocimiento de la autonomía de los pueblos indígenas. El rechazo oficial a esta demanda abrió la puerta para que los zapatistas ejercieran la autonomía de facto, a través de municipios autónomos en el territorio ocupado a principios del conflicto armado. Hernández demuestra que el zapatismo influyó en grupos indígenas de estados como Guerrero y Michoacán para que autogestionaran su seguridad comunitaria.

En el caso emblemático de Guerrero, la policía comunitaria de la región de La Montaña aparecida en 1998, también estaba conectada con la tradición de lucha armada socialista de los 1970, representada por los maestros y líderes guerrilleros Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. Mientras que estas guerrillas socialistas fueron exterminadas a través de la guerra sucia llevada a cabo por los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI), la policía comunitaria de Guerrero ha sobrevivido a múltiples presiones: divisiones internas, la violencia del aparato de seguridad nacional, y agresiones por parte de otros grupos armados, como las guardias blancas y los grupos paramilitares del crimen organizado.

Hernández explica las diferencias entre los grupos armados en resistencia: por un lado, las policías comunitarias, resultado de un esfuerzo intercomunitario para brindar seguridad de forma permanente. Por otro lado, las autodefensas de carácter coyuntural, surgidas en el contexto de la llamada “guerra contra las drogas,” que evidenció la alianza entre los agentes del aparato de seguridad nacional con el crimen organizado. Las autodefensas también se dividen entre las guardias comunitarias indígenas y los grupos de civiles armados, las primeras articuladas en torno a un eje étnico-territorial y los segundos orientados a la protección de la propiedad privada y la seguridad personal.

En la introducción y a lo largo de doce capítulos que se pueden leer como ensayos independientes, el autor arroja luz sobre las causas de la aparición de colectividades armadas. Por ejemplo, la manera en que iniciativas neoliberales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (1994) y la reforma al artículo 27 constitucional (1992) que privatizó la propiedad ejidal y puso fin al reparto agrario, propiciaron fenómenos tan dispares como la rebelión zapatista, la migración masiva a las ciudades y

a los Estados Unidos, y la conversión de un sector de la población rural en cultivadores ilegales de marihuana y amapola, o incluso en miembros de grupos paramilitares.

Hernández también reflexiona sobre las transformaciones del Estado a partir de la alternancia partidista del 2000, como la pérdida del control corporativo del PRI sobre los llamados cárteles de la droga y la consiguiente privatización de la violencia. Aunado a lo anterior, la presencia de empresas transnacionales de corte extractivista, como las mineras, ha sido un catalizador de la autodefensa armada contra el despojo territorial, por la defensa de la vida y la seguridad. El mérito principal de la obra es mostrar que la intersección entre la economía ilegal y la política económica neoliberal llevó al límite las contradicciones sociales, convirtiendo a México en uno de los países más violentos del mundo (con cientos de miles de asesinados, desaparecidos, y desplazados), pero también en un territorio donde han florecido toda clase de resistencias políticas e iniciativas de autodefensa.

*Syracuse University*  
*Syracuse, New York*  
[acedillo@maxwell.syr.edu](mailto:acedillo@maxwell.syr.edu)

ADELA CEDILLO

## EDUCATION AND YOUTH ACTIVISM IN COSTA RICA

*Huelgas democratizadoras: la rebelión estudiantil en el Instituto Tecnológico de Costa Rica (1980–1982)*. By Iván Molina Jiménez. San José: CIHAC; EDUPUC, 2019. Pp. 192. \$12.50 paper. doi:10.1017/tam.2021.28

Iván Molina has continued his exploration of Costa Rica's public education system and youth activism in his most recent monograph, which examines the early history of the nation's second public institution of higher education, the Instituto Tecnológico de Costa Rica (ITCR.)

In 1971, then-president José Figueres established the ITCR to expand higher education opportunities and, according to Molina, to foment cultural-political change. Molina suggests Figueres was deeply upset by the increasingly activist student and faculty culture taking shape at the older University of Costa Rica (UCR) and wished to support a different university culture at the ITCR. An intentionally rigid vertical power structure headed by an eight-person board of directors that limited students' and faculty voices was established to this end. Seven board members were selected by the nation's president, one was elected by the students. Between 1980 and 1982, students organized three strikes that would force the ITCR Board to democratize the institution's governing structures. This monograph traces these successful efforts in 12 brief chapters.

Molina frames his study within a broader study of twentieth-century university activism in the Caribbean Basin region, and suggests that the ITCR democratization struggles are the most